

## UN EMPLEO EXTRAÑO

---

Poco tiempo después de mi casamiento, mi colega, Mr. Fargular, me cedió su consulta en el barrio Paddington. Hubo un tiempo en que mi antecesor ganó bastante; pero después, su mucha edad y una especie de baile de San Vito que padecía constantemente, le acortaron las ganancias. La clientela disminuía poco á poco, pues el público opina—y tal vez muy justamente—que mal puede curar á los demás un hombre que no puede curarse á sí mismo. En estas condiciones adquirí la consulta, esperando que mi juventud, mi energía y mi voluntad la haría florecer y renacer como en los días lejanos y felices.

Durante los tres primeros meses estuve tan ocupado, que no pude ver con la frecuencia que antes á mi amigo Sherlock Holmes. Me faltaba tiempo para ir á Baker Street, y en cuanto á Sherlock, no iba nunca más que á donde le llamaba su profesión. Por eso me sorprendió profundamente oír una mañana, cuando empezaba á hojear el *British Medical Journal*, después del desayuno, un timbrado y la voz simpática é inolvidable de mi antiguo camarada.

—¡Hola, querido Watson!—dijo entrando estruendosamente en el comedor.—No sabéis cuánto me alegro veros. ¿Y la señora Watson? ¿Se ha repuesto ya de las emociones que le causó nuestra aventura de *La marca de los cuatro*?

—Muchas gracias, Holmes. Los dos estamos perfectamente—contesté estrechándole la mano.

—Espero—continuó dejándose caer en un sillón—que la medicina no habrá extinguido en vos aquel entusiasmo y aquel interés que sentíais por nuestros pequeños problemas, ¿eh?

—De ningún modo. Precisamente ayer estuve hojeando mis notas y clasificando la larga serie de nuestras antiguas aventuras.

—¿Qué? ¿Dáis ya por terminada esa serie?

—¡Quiá! Estoy deseando empezar de nuevo.

—¿Queréis que empecemos hoy mismo?

—No tengo inconveniente.

—¿Iríais conmigo hasta Birmingham?

—¿Por qué no?

—¿Y vuestra consulta y vuestros enfermos?

—¡Bah! Yo me encargo de atender á las obligaciones de mi vecino durante sus ausencias y bien puede pagarme alguna vez ese pequeño favor.

—Perfectamente—dijo Holmes repantigándose en el sillón y mirándome fijamente por entre sus párpados medio cerrados.—¿Habéis estado enfermo hace poco? Los catarros en verano son siempre muy fatigosos.

—Sí. He tenido que estarme en casa por un gran

resfriado durante tres días. Pero ya estoy completamente bien. ¿Pero cómo lo sabíais?

—Ya conocéis mi método: siempre la deducción.

—¿Y qué os ha servido ahora para vuestras deducciones?

—Esas zapatillas.

Yo arrojé una mirada sobre mis pies.

—¿Cómo demonios?...—empecé á preguntar;—pero Holmes se me anticipó.

—Esas zapatillas están completamente nuevas; de modo que hace poco que las gastáis. Me he fijado en las suelas y he visto que están ligeramente encogidas. Al principio pensé que se habían mojado y que las secásteis al fuego; pero cerca de la punta he visto una pequeña etiqueta con los geroglíficos del zapatero, de modo que no se podía creer que se habían mojado, pues el agua hubiera despegado la etiqueta. Indudablemente es que debísteis arrimar los pies al fuego, lo cual no deja de ser muy extraño en el mes de Junio por mucha humedad que haga.

Como siempre, el razonamiento de Holmes parecía de una simplicidad infantil. Leyó esta reflexión en mi frente y por su boca pasó una leve sonrisa.

—Me parece que mis observaciones pierden su valor explicándolas. Los resultados sin las causas hacen mucho más efecto. ¡Vamos! ¿Estáis dispuesto á seguirme á Birmingham?

—Lo estoy. ¿De qué se trata?

—En el tren os lo diré. Mi cliente nos espera abajo en un coche.

—Bueno, pues ir bajando que ahora voy.

Escribí apresuradamente cuatro letras para mi vecino, subí al segundo piso á prevenir á mi mujer, y cinco minutos después ya estaba en la calle junto á Holmes.

—¿De modo que también es médico vuestro vecino?—me preguntó señalando la placa de cobre que había en la puerta.

—Sí; llevamos el mismo tiempo en esta calle.

—¡Ah! Entonces vos sois el mejor de los dos.

—Eso creo. ¿Por qué lo decís?

—Por los escalones. Los vuestros, están más usados que los suyos. Vaya, vamos al coche. Mi amigo el doctor Watson; el Sr. Hall Pycroft. ¡Un poco más de prisa, cochero, no vayamos á perder el tren!

El Sr. Hall Pycroft era un hombre joven y simpático, con ojos azules y un bigote rubio. Su rostro, ancho y sonrosado, parecía hecho para la risa; pero en aquella ocasión, las comisuras labiales se derrumbaron con un gesto de amargura que tenía algo de cómico. Vestía irreprochablemente, y en su cabeza centelleaba una chistera de última moda. Ya en el tren, camino de Birmingham, supe la razón de aquel viaje.

—Tenemos setenta minutos de camino—dijo Holmes;—por lo tanto, os ruego, Sr. Pycroft, que le contéis á mi amigo vuestro interesantísimo asunto tal como me lo habéis contado y con más detalles, si es posible. No me desagradará oírlo una vez más. Es un suceso de tal género, amigo Watson, que, una de

dos: ó es una cosa terrible, ó es una tontería, pero que, sin embargo, ofrece algunas particularidades de esas que os atraen tanto como á mí. Ahora, señor Pycroft, tened la bondad de empezar vuestro relato.

El joven no se hizo de rogar y empezó en los siguientes términos:

—Lo peor de la historia es el papel tan desairado que juego en ella. Tal vez esto no acabe bien; pero cuando conozcáis los hechos, veréis que no podía obrar de otro modo, so pena de pasar por tonto. Es el caso que... ¡Ah! Os advierto que no tengo facilidad de palabra, y, por lo tanto, os ruego, Sr. Watson, que me dispenséis si no me explico con suficiente claridad.

Yo era empleado de la casa Coxon y Wood, de Draper's Garden, y estaba en ella cuando aquel famoso empréstito de Venezuela que la derrumbó por completo. Como yo llevaba cinco meses en la casa, el Sr. Coxon me entregó un certificado muy laudatorio; pero eso no impidió que me encontrara en el arroyo con otros veintisiete compañeros. Inmediatamente empecé á hacer gestiones para colocarme, pero no conseguía nada. Bien pronto se me acabaron mis economías, y hubo vez en que no pude comprar ni sobre ni sellos para enviar mis documentos á las casas que se anunciaban en los periódicos.

Por fin un día leí un anuncio de la casa Nawson y Williams, la célebre casa de banca de Lombard Street, una de las mejores de Londres. Las solicitudes de-

bían enviarse por el correo acompañadas de las certificaciones. Así lo hice, pero sin esperanza alguna. ¡Estaba tan desencantado! Sin embargo, á vuelta de correo me contestaron que si quería ir al lunes siguiente, podía empezar aquel mismo día mi trabajo.

Dice la gente que los banqueros, cuando reciben varias solicitudes, hacen un montón con ellas, y cogen cualquiera, y á ese eligen. Sea ó no verdad ese procedimiento, yo dí gracias á Dios, y confieso que nunca fuí tan dichoso como aquel día. Ganaría una libra más que en casa Coxon, y el trabajo sería el mismo.

Ahora viene la parte extraordinaria de mi aventura. Yo vivía en una casa de huéspedes de Potter's Terrace, y la tarde misma en que recibí la noticia de mi colocación, estaba fumando tranquilamente en mi cuarto cuando la patrona me entró una tarjeta de mister Arturo Pinner, banquero. Yo no conocía este nombre, y no pude imaginarme á qué sería debida aquella visita; pero, no obstante, rogué á la patrona que dejara pasar al visitante. Era un individuo de mediana estatura, el cabello, los ojos y la barba completamente negros y la nariz encendida. Hablaba rápidamente, como hombre que conoce el valor del tiempo.

—¿El Sr. Hall Pycroft?

—Yo soy—contesté.—Tened la bondad de sentaros.

—¿Habéis estado en la casa Coxon v Wood?

—Sí, señor.

—¿Y ahora en la casa Nawson?

—Sí, señor.

—Muy bien, muy bien... Yo he oído decir cosas verdaderamente extraordinarias respecto de vuestra capacidad financiera y de vuestra honradez. ¿Os acordáis de Paker, el cajero de la casa Coxon? Pues se deshace en elogios de vos.

Aquellas palabras me halagaron. Yo fuí considerado siempre en la casa como uno de los mejores empleados; pero no creía que mi nombre hubiera llegado á ser célebre en la *Cité*.

—¿Tenéis buena memoria?—continuó mi visitante.

—Bastante buena—contesté.

—¿Continuásteis al corriente de las cotizaciones y los cambios después de salir de la casa de bancas

—Sí.

—Muy bien. Eso demuestra verdadera vocación. Así se llega muy lejos. ¿Tendréis la bondad de contestarme á algunas preguntas? Vamos á ver, ¿á cómo están los Ayrshires?

—A ciento cinco.

—¿Y los Consolidados de Nueva Zelanda?

—A ciento cuatro.

—¿Y los British Broken Hills?

—A siete.

—¡Admirable! Esto confirma todas las noticias que me habían dado. Cada vez me convenzo más de que merecéis ser otra cosa que un simple empleado en la casa Nawson.

—Realmente no sé cómo expresaros mi gratitud, Sr. Pinner.

—No hablemos de eso, querido. Todo os lo debéis á vos mismo. No quedan más que ultimar algunos detalles de pura fórmula. ¿Tenéis ahí un poco de papel? Perfectamente. Ahora tened la bondad de escribir lo siguiente: «Yo, el abajo firmante, acepto el cargo de director de la Franco Midlandesa, Compañía Anónima, con el sueldo mínimo de 500 libras anuales.»

Hice lo que me pedía, y él, cogiendo el documento, se lo guardó en el bolsillo diciéndome:

—Bueno, ¿y que pensáis hacer respecto de la casa Nawson?

Mi alegría me había hecho olvidar el compromiso anterior.

—Voy á enviar mi dimisión ahora mismo.

—Precisamente es lo que no debéis hacer. Ayer tuve una discusión respecto de vos con el director de la casa Nawson. Fuí á pedirle informes vuestros y me contestó muy groseramente, diciendo que obraba muy mal sonsacando á la gente de su casa... que yo tenía la culpa de... ¡Qué sé yo! Una infinidad de tonterías. Cansado de oírle contesté bastante incomodado: «Si queréis tener buenos empleados debéis pagarlos mejor.»—«El Sr. Pycroft preferirá nuestro modesto, pero seguro salario, á ese fastuoso é imaginario que le ofrecéis vos»—replicó.—«Os apuesto cinco libras—dije—á que en cuanto le haga yo mi oferta no volvéis á saber más de él.»—¡Acep-

tado!—repuso.—«Nosotros le hemos sacado del arroyo, y seguramente no se arriesgará á perder tan buena ocasión.» Estas fueron sus palabras.

—¡Qué grosero! ¿Qué sabe él de mi vida si no nos hemos visto nunca? Perded cuidado, no le escribiré para nada absolutamente.

—Bueno. No hablemos más de ello. Y se levantó alargándome la mano.

—Conste, amigo Pycroft, que marchó satisfechísimo de mi adquisición y espero que á mi hermano le sucederá lo mismo. Aquí tenéis vuestro anticipo de cien libras y la carta para mi hermano. No olvidéis que os espera mañana á la una en punto.

Esto fué todo lo que ocurrió durante nuestra entrevista. Ya os podéis imaginar, Sr. Watson, lo encantado que quedaría del Sr. Pinner y lo feliz que era viendo mi buena estrella. Aquella noche no pude dormir, y al día siguiente salí en el tren que llega á Birmingham poco antes de la una y en seguida me dirigí al lugar de la cita. El núm. 123 estaba situado entre dos grandes tiendas. No encontré á nadie en el portal y seguí un largo pasillo, y al final me hallé con una escalera de caracol que me condujo al piso primero. Allí había distintos cuartos ocupados por sociedades y particulares. En la puerta de cada uno de ellos había rótulos con la profesión de los inquilinos correspondientes; pero en ninguna ví el título de La Franco Midlandesa, Compañía Anónima. Estaba perplejo, pensando si habría sido víctima de alguna broma de mal género, cuando se me acercó

un hombre y me dirigió la palabra. Se parecía atrocemente al individuo con quien estuve la tarde anterior, y á no ser porque estaba completamente afeitado y eran menos oscuros los cabellos, hubiera creído que era el mismo.

—Perdonad. ¿Tengo el honor de hablar con el señor Hall Pycroft?—me dijo.

—Sí.

—Os esperaba; pero os habéis adelantado un poco—continuó mirando el reloj.—Esta mañana he recibido una carta de mi hermano, llena de elogios.

—Estaba buscando el nombre de...

—¡Ah, sí! No lo hemos puesto todavía porque no hace una semana que alquilamos este local. Tened la bondad de subir conmigo.

Le seguí, y al final de aquella escalera, que me pareció interminable, entramos en un cuarto compuesto de dos habitaciones aguardilladas, sin alfombras ni colgaduras y llenas de polvo. Yo me había imaginado una gran oficina con grandes mesas llenas de empleados, con puertas de cristales, con ordenanzas de librea, con sonar de timbres y ajetreo de papeles y de libros, en una palabra: algo semejante á las casas donde estuve anteriormente. No había nada de esto, y me quedé asombrado mirando una miserable mesa de pino y dos sillas rotas de paja, que, con un libro y un cesto de papeles, constituían el único mueblaje de la oficina.

—Veo que os extraña el aspecto de la habitación —dijo mi nuevo jefe, observando la cara que ponía

al ver aquello.—Pero no se hizo Roma en un día. Aunque tengamos mucho capital, no queremos hacer gastos supérfluos por ahora. Sentáos y tened la bondad de darme la carta de presentación.

Se la dí, y después de leerla atentamente, dijo:

—Parece que habéis causado una gran impresión en mi hermano Arturo, y aunque él no puede ver á Birmingham y á mí no me gusta Londres, por esta vez estaremos conformes. Podéis consideraros ya como de la casa.

—¿Cuál será mi obligación?

—Váis á dirigir el gran depósito de París, el cual surtirá de porcelanas inglesas y de Sajonia los almacenes de nuestros ciento treinta y cuatro correspondientes en Francia. Las compras llegarán aquí dentro de una semana, y mientras tanto permaneceréis en Birmingham entregado á una ocupación bastante sencilla.

—¿Cuál?

El Sr. Pinner abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un grueso libro rojo.

—Aquí tenéis—dijo—el Anuario Bottin, de París, donde figuran todas las profesiones y las casas de comercio más importantes. Lleváoslo y hacedme una lista de todos los comerciantes de objetos de fantasía, con sus direcciones correspondientes. Esto nos ha de ser de una gran utilidad el día de mañana.

—¿Pero no están clasificados ya por categorías?

—Sí; pero están en un orden distinto del que pensamos llevar nosotros. Traedme esa lista el día